

# Muerte de Rafael Cardona

México F.F.— Rodolfo Garzner publicó la semana pasada un bello artículo en la página editorial del periódico "La Prensa", titulado *Una pluma alada*, en homenaje a Rafael Cardona al día siguiente de su fallecimiento (2 de febrero).

"Hoy el poeta es un recuerdo vivo y reciente —dice Garzner—. Ojalá que su obra escrita y oculta a la publicidad se dé a conocer ahora que ya no está él para oponerse, con aquella su figura espigada y su gesto de severo intelectual irreductible. Recordémoslo como lo que era: un hombre entregado al ejercicio de la inteligencia, un modelo de integridad intelectual".

Pocas personas nos acompañaron al cementerio para depositar en la generosa tierra mexicana el cuerpo de Rafael Cardona, alto escultor del verso y periodista nacido en San José en 1893. La oración fúnebre fue pronunciada por el maestro Raúl Cordero Amador, quien leyó fragmentos de las obras del poeta y evocó a sus viejos amigos de Costa Rica: Paco Soler, Julián Marchena, Roberto Brenes Mesén, Rogelio Sotela, Joaquín García Monge, etc.

Olvidado por las actuales generaciones, hosco e intransigente para las ideas e ideologías llamadas de transformación, Rafael fue pastor de su propia sombra, artífice de la soledad y recuerdo insomne de sus años de gloria.

Sólo después de muchas conversaciones, reiterados empeños y no pocas discusiones en voz alta, pude lograr que me entregara la primera versión de sus memorables sonetos del *Parthenón (Los Héroes y las sombras)*, una de las piezas líricas que América recordará para siempre, al margen del desdén corrosivo, por ser mármol escrito y testimonio de su garra creadora. Yo llevé la joya al humanista mexicano don Alfonso Méndez Plancarte, siervo de Dios y latinista insigne, quien publicó esos poemas con todos los honores en 1954, escribiendo al frente de ellos un soberbio prólogo. Me voy a permitir transcribir el siguiente fragmento de dicho prólogo:

"En el más sobrio endecasílabo, esculpió y huriló —con fuerza y primor ilustres— sus 14 sonetos soberanos del *Parthenón*: un *Parthenón* simbólico —"su" Grecia—, cuyas metopas van marmorizando vividamente (se juzgó mármol y era carne viva...) los *Héroes* de sus logos y las *Sombras* de sus episodios máximos. Plástica rotundez, que nada envidia a aquel "capolavoro" de Salvador Rueda: *El Friso del Parthenón*; y ática sobriedad y gracia ac-



Alfredo Cardona Peña

tualísima, que sólo hallan par en los gemelos sonetos de *Homero en Cuernavaca*, de Alfonso Reyes. (¡Si hasta se nos antoja titular *Homero en Costa Rica* su segunda parte: la homérica!). Y en todo ello, exquisita erudición, perfecto "entendimiento de hermosura", cabal primor del verbo y del verso, y garra original y poderosa en la emoción y la fantasía, fundiendo limpiamente —en sumo nivel— lo óptimo de lo clásico y lo moderno".

El año pasado logré lo que parecía imposible: que Rafael mecanografiara personalmente toda su producción en verso, incluyendo su perdidiza y desdeñada (por él) *Oda Roja*, dedicada a Felipe Carrillo Puerto, héroe del campesinado yucateco. Esa obra, entregada a Alberto Cañas para su publicación en la *Editorial Costa Rica*, o está en prensa o está próxima a salir. No alcanzó el autor ver su libro definitivo, que esperaba con visible gusto, después de años de indiferencia para la poesía. He de referir que él pensó titular el libro *Poemas Bárbaros*, título que yo le critiqué desde un principio, molesto con el tono grandilocuente del mismo. El maestro Rafael se despojó de su último jirón orgulloso, y aceptó el título sencillo y admirable: *Obra Poética*.

En la segunda década de este siglo llegó mi tío a México, cuando el general Alvaro Obregón era el hombre fuerte de la política y José Vasconcelos estaba al frente de la secretaría de Educación Pública. Inmediatamente destacó su labor periodística, primero en "El Demócrata" y luego en "Excelsior" como editorialista. Manuel Horta, de la vieja guardia del citado periódico, me ha recordado al Rafael Cardona de los fabulosos años "veintes", cuando el autor de las "Piedras Preciosas" paseaba su juventud y su talento por las tertulias, redacciones y cafés literarios.

"Nuestro grupo (me acaba de decir Manuel Horta por teléfono) estaba formado por Rafael, el pintor Roberto Montenegro, el genial caricaturista Ernesto García Cabral, Guillermo Castillo (quien firmaba con el pseudónimo *Júbilo*), el compositor Palacios (autor de *Mi querido Capitán*) y José Moreno Rufo. Nos reuníamos en el café "Los Monitos", cuyas paredes habían sido pintadas por José Clemente Orozco, quien también frecuentaba nuestro grupo, así como el pintor Miguel Covarrubias. Rafael era un gran conversador y tenía una fuerte simpatía humana".

Por aquella época había muerto Ramón López Velarde, y los poetas que lo rodearon fueron Rafael López, don Enrique

González Martínez, Manuel de la Parra, J. J. Núñez y Domínguez y el poeta colombiano Leopoldo de la Rosa. También fue amigo de Porfirio Barba Jacob. Un día, recién llegado a México, me encontré con el poeta de la "voz profunda", y me dijo: "¿De dónde es usted? ¿De dónde es Rafael Cardona? Lo felicito, joven. Y levantando el dedo índice como quien decora una sentencia, agregó: "¡Es genial, pero tiene muy mal carácter".

Fue algo azarosa la vida combativa de Rafael Cardona. Residiendo en Guatemala, en donde dio clases de literatura y Estética en la Universidad de San Carlos (fue su discípulo el maestro don Edelberto Torres) conoció al dictador Jorge Ubico, quien lo nombró secretario de prensa. Pero Rafael no estaba de acuerdo con las ideas de Ubico, y una mañana riñeron fuerte, hasta más allá de la prudencia. Fue entonces cuando Rafael pronunció su famosa frase, lanzada al rostro del tirano: "¡Usted es un tigre de alfombra!" El resultado, obvio es decirlo, fue la salida instantánea de Guatemala.

Su segundo viaje a México fue el definitivo. En la Ciudad de los Palacios hundió su ancla, colaboró con Vasconcelos, defendió el pensamiento de México desde los periódicos y, en fin, publicó innumerables artículos, ya defendiendo la expropiación petrolera, ya meditando en los clásicos inmortales.

En alguno de sus viajes a Costa Rica tuvo una aventura política de resultados desastrosos, pues quería fundar un partido socialista, de oposición a los principios tradicionales; fundó un periódico —efímero como un soplo titulado *Trinchera*, e insultó a don Ricardo Jiménez en una tormentosa conferencia que pronunció en el "Teatro Raventós" ("¡Carecen hasta de sintaxis los discursos de Ricardo Jiménez!", vociferó entonces).

Como todo idealista asistió muchas veces al derrumbamiento de sus proyectos, luchando a brazo partido en su fuero interno con dos corrientes irreconciliables: el pensamiento espiritualista y la filosofía de Marx. ¿Fue un marxista convencido? No lo creemos, mas lo cierto es que estudió a fondo *El Capital* y despreció la actitud lírica, el oropel del verso que sólo atiende a su propio sonido. En sus años "socialistas" fue intransigente e iracundo. El profesor Cordero Amador un día le dijo: "Rafael, quisiera tener dinero para encerrarte en un cuarto a escribir versos". Y le contestó furioso: "¡Animal! ¿No sabes que un puente vale más que un poema?".

Yo conocí sus indignaciones súbitas, pero sabía que en el fondo era un poeta espiritual, un hombre generoso que llegaba al paternalismo. En sus últimos años se volvió religioso y cultivó la oración mental. Sufrió mucho, padeció tragedias y pobreza, amó a los sabios hindúes, leó a Shakespeare y a Mallarmé en sus idiomas nativos, y se durmió para siempre

en su mudez sacerdotal y huraña.